LA GALERNA

En un frágil piragua
que apenas las ondas riza,
y ligera se desliza
cortando el cristal del agua;

un mancebo, casi un niño,
feliz del puerto se aleja...
En él esperando deja
las prendas de su cariño;

ningun recelo le absorbe
ni en su frente huellas marca,
juzga que al tener su barca
tiene el imperio del orbe,

y cantando, al mar traidor
se entrega desprevenido...
¡la juventud es un nido
de canciones y de amor!

. . . . . .

El sol en los cielos arde,
vaga sin rumor el viento,
está el mar sin movimiento,
y azul y pura la tarde.

Tiende la red, pescador,
que no le falte mañana
el pan á tu madre anciana,
pues no le falta tu amor.

Mas súbito espesa bruma
se levanta, el mar se agita,
altas olas precipita
que alzan hervorosa espuma;

lanza entre el negro capuz
la tromba sus sacudidas,
rasga las sombras tupidas
del relámpago la luz,

y el mar que en la costa humilla
las iras en que rebosa,
á su fúria procelosa
no halla límite ni orilla.

La mísera embarcación
cruge en tan rudo luchar,
siente el niño palpitar
de espanto su corazón;

NOTA. Esta composición fué escrita con objeto de allegar recursos para las familias de los marineros muertos en la costa cantábrica á causa de una galerna; catastrofe ocurrida el Sábado Santo del año 1878.

ante el temporal deshecho
viendo el morir necesario
besa el santo escapulario
que lleva sobre su pecho,

y con su conciencia á colas
su oración al Cielo envía,
y diciendo.... ¡Madre mía!...
vuelve á luchar con las olas.

Ante tan hondos pesares
el corazón se consterna,
son la tromba y la galerna
avalanchas de los mares.

¿Cómo salvarte podrás?...
¡vence al aire en lo ligero!...
ó ¿á dónde irás, marinero?...
marinero... ¿á dónde irás?...

. . . . . .

En la trágica discordia
de los mares y del viento,
se escucha un débil lamento
que clama misericordia.

Después... al profundo baja
un cuerpo que el agua hiende,
sobre él la espuma se extiende
como fúnebre mortaja,

y ante la horrible impresión
de tan espantoso azar,
siente una madre estallar
las fibras del corazón.

Aquella noche en los puertos
cien familias sollozaban,
y las olas se encorvaban
con el peso de los muertos.

Mas ya que su desventura
la orfandad llora en la playa,
haced que el hambre no vaya
á duplicar su amargura.

Dad á su aflicción consuelo
y aclamará vuestro nombre;
¡calmar el dolor del hombre
es aproximarse al Cielo!

HERMILIO DE OLÓRIZ.